

MALVINAS

Memorias de infancias
en tiempos de guerra

Selección y prólogo
María Teresa Andruetto



conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura
Argentina

Autoridades

Presidente de la Nación

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Cultura de la Nación

Prof. Tristán Bauer

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretaria

María Guadalupe Conde

Vocales

Cdra. Marisa Alfiz

Lic. Adriana Lis Maggio

Daniel Lorente

Elsa Inés Tañski



MALVINAS

Memorias de infancias
en tiempos de guerra

Selección y prólogo
María Teresa Andruetto

Malvinas : memorias de infancias en tiempos de guerra / Isol ... [et al.] ; compilación de María Teresa Andruetto ; Prólogo de María Teresa Andruetto. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares, 2022.
168 p. ; 28x 20 cm. - (Biblioteca Popular)

ISBN 978-987-1696-34-5

1. Literatura Argentina. 2. Guerra de Malvinas. I. Isol II. Andruetto, María Teresa, comp. III. Andruetto, María Teresa, prolog. CDD 997.11

Idea y coordinación general
María Julia Magistratti

Coordinación editorial
Esteban Gutiérrez
Laura Rovito

Diseño y diagramación
Ariana Jenik

Producción
María Celeste Albe

Ilustración de tapa
Isol Misenta

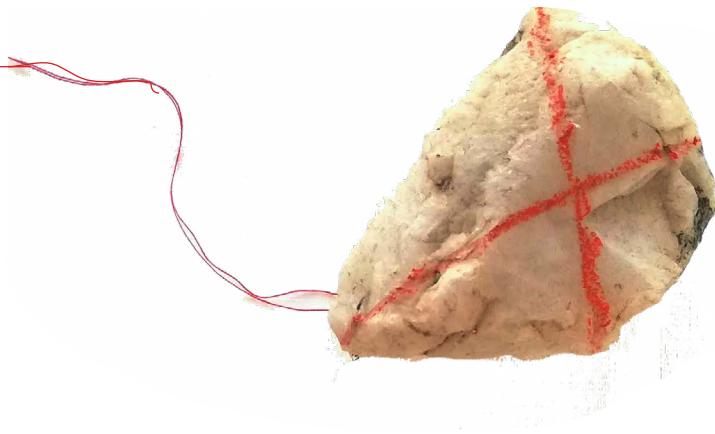
Colaboraron en esta edición:
Marisa Alfiz, Noelia Ale, Paola Molina, Gisela Miliani

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-34-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.





MALVINAS

Memorias de infancias en tiempos de guerra

Selección y prólogo

María Teresa Andruetto

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura
Argentina

Índice

- Presentación, 11
- Prólogo de María Teresa Andruetto, 14
- Isol Misenta / *Aires del '82*, 18
- Fernanda García Lao / *Niña sin patria*, 20
- Roberta Iannamico / *El cuento de Malvinas*, 28
- María Elina Méndez / *Yo y la guerra*, 32
- Luciano Saracino / *Flores*, 34
- Mariano Quirós / *Los vendedores de enciclopedias*, 40
- Matías Trillo / *Pastosa emanación de matadero*, 46
- Ariel Williams / *La noche de los focos*, 48
- Julián Axat / *Chimbote y temerario*, 56
- Poly Bernatene / *Me lo contaron en colores*, 60
- Marcelo Guerrieri / *Es todo cuanto puedo dar*, 62
- Patricia Suárez / *Claridad*, 72
- Cynthia Orensztajn / *Carta a un soldado*, 82
- Alejandra Kamiya / *Cosas que no sé*, 84
- Eduardo Sacheri / *El silencio del pescadero*, 90
- Costhanzo / *Bajo fuego*, 96
- Gustavo Murillo / *Una odisea (el camino más largo)*, 98
- Sergio De Matteo / *Niebla de guerra*, 102
- Nicolás Arispe / *La batalla de Monte Longdon*, 110
- Viviana Ayilef / *El portero de la escuela*, 112
- Silvia Mellado / *Retales*, 118
- Pablo Bernasconi / *Contrapunto*, 124
- Natalia Ferreyra / *Como si acá no hubiera pasado nada*, 126
- Leo Oyola / *Los ojos más lindos de Isidro Casanova*, 132
- Raquel Cané / *Monstruos y titiriteros*, 136
- María Pia López / *La provincia de la infancia*, 138
- Láminas, 145



Patricia Suárez

Nació en Santa Fe, 1969. Es autora de numerosas obras de teatro y libros de ficción. Publicó la novela infantil *El hombre que viajó a la Luna* y las novelas *Gula* y *Segunda chance*. Su trilogía teatral *Las polacas* dio la vuelta por toda América y la serie basada en ella está por estrenarse por la TV Pública este 2022.

Claridad

Ven claridad, llega ya,
llega ya, vuela ya,
trágate la oscuridad,
que el soñar me va a matar.

Claridad, Menudo

Mi nombre es Patricia Suárez Cohen. Tengo trece años y no me gusta tener trece años. A los doce, puedo decir que era bastante feliz: había logrado consolidar el cariño de mis compañeras en la escuela, todas chicas. Nos gustaba Menudo; a mí me gustaba el que se llama Xavier Serbiá, cumple los años el 24 de julio y por lo tanto es de Leo. Leo no es un signo afín al mío, pero yo sé que él y yo seríamos una gran pareja. Un día fuimos hasta la puerta del Hotel Presidente y estuvimos horas hasta que él se asomó o algún otro de Menudo o cualquiera, porque a catorce pisos no se veía nada y bien podía ser la mucama, y todas gritamos como locas: “¡Menudo te amo!”. Cuando yo empiezo a ser fanática de Menudo, René Farrait ya era uno de los integrantes mayores y sé, desde el minuto en que me hago fanática, que René no estará mucho más en el grupo. Son de esas cosas que se sabe, como el curso de las estaciones, la cosa de que el otoño seguirá al verano y el verano a la primavera, así, o como se sabe de las cosas prosaicas, que son las reglas del grupo Menudo, tan intrasigentes como las del capitalismo. Cuando cumplen quince años, los chicos deben irse de Menudo.

Ahora no lo sé si tanto me gusta Menudo, porque me cambiaron de escuela: voy a una escuela *mixta* y no pude captar que nadie adore a Menudo. Ni siquiera lo mencionan; hablan sólo de Los Beatles, son fanáticos de Los Beatles, y no me animo a decirles y desasnarlos: Los Beatles tienen la edad de nuestros padres, no son dignos de adoración. Pero eso no es lo más importante: lo más importante es que en la escuela mixta hay chicos.

Absolutamente decepcionantes, todos.

O yo soy una gigante o ellos son enanos. No tengo más chance que mirarlos desde arriba, como si los despreciara; en realidad creo que los desprecio. Además tienen un problema, no sé cómo decirlo sin parecer ofensiva: son idiotas. Son idiotas, no puedo definirlos de otra manera: tienen trece años y se comportan como si tuvieran ocho, o

nueve a lo más. Rompen cosas, se quitan los mocos y los pegan en el pupitre, se tiran pedos y se parten de la risa.

Las chicas son más bien creídas, pero algunas me caen mejor.

Una, Rut, que tiene beca completa, por ejemplo, que es la única que lee libros, *Anne la de los Tejados Verdes*. Yo le pasé *Mujercitas* y ella me pasó *Anne la de los Tejados Verdes*. Después no nos pasamos más libros –salvo a escondidas– porque sus padres son evangélicos y quieren que se concentre en la lectura de la Biblia. La otra que me cae bien, Alina, se la pasa intentando averiguar en qué posición los matrimonios hacen el amor para engendrar hijos. Acaba de tener un hermano, un bebé; no es lindo tener un hermano si una tiene trece años: te usan de niñera. Llega a la conclusión de que tienen que tener una flexibilidad tipo ballet ruso. Desde que ella llega a esa conclusión, yo no puedo mirar a la cara a mis padres. Pensé que habían dejado lo del sexo atrás, como algo de pasado utilizado para engendrar a mi hermana y a mí, pero ahora me temo que la cosa persista. Y que pueda traernos algún dolor de cabeza a nosotras, las hijas.

Me encantaría ser hija de padres divorciados.

Eso en la escuela anterior estaba muy mal visto, porque era una escuela católica.

En la escuela actual, que es laica, les importa un pito.

En la escuela católica me llamaba sólo Patricia Suárez.

En esta me llamo Patricia Suárez Cohen, y soy parienta de los Cohen que fueron antes a la misma escuela, mis primos segundos.

Estoy luchando por adaptarme a esta escuela y hasta acepto ir a un asalto donde bailo con un chico que se llama Luis Culo un lento de Los Beatles, cuando empiezan a sucederse los desastres. Los desastres nunca tienen piedad para conmigo y vienen en seguidilla.

Primero muere mi abuelo, Alberto Suárez. Muere el 1° de abril antes de que se declare la guerra.

Después viene la Guerra de Malvinas y la muerte de mi abuelo nos deja con la palabra en la boca.

Aunque no sé si los acontecimientos fueron exactamente así.

Mi abuelo murió cuando no se hubo declarado la guerra, un día antes. O dos; sucede que con el entierro no sé cómo se cuenta. Primero estuvieron las negociaciones diplomáticas con los ingleses; negociaciones que no existieron en realidad. Porque ambas partes querían ir a la guerra, ambos bandos.

El presidente de facto de los argentinos, Leopoldo Fortunato Galtieri.

La primera ministra británica, Margaret Thatcher.

La gente no sé; capaz necesitaba emociones fuertes.

Mi papá repetía:

MI PAPA: ¿Cómo no vamos a ir a la guerra?, ¿cómo no vamos a ir a la guerra?

Para mi papá era una cosa natural, se caía de maduro. Te quieren quitar algo y vos vas y le declarás la guerra al que te lo quiere quitar; lo convertís en tu enemigo antes de que cante un gallo. Las discusiones se desenvolvían en la forma siguiente: mi abuelo lo oye hablar de guerra contra los ingleses y mi papá chillaba:

MI PAPA: Las Malvinas son argentinas, papá, si nos las quieren quitar, ¿cómo no vamos a ir a la guerra?

MI ABUELO: Sos un imbécil, Juan. Estás hecho un imbécil. La Argentina no puede ir a la guerra contra Inglaterra. ¡Contra Inglaterra!

No era que mi abuelo estuviera a favor de los ingleses. Es que era consciente del poderío de los ingleses.

MI ABUELO: ¿Cuándo perdieron una guerra los ingleses?

Mi abuelo lo decía en la casa, en el barrio, cada vez que alguien se sentía valiente por ir a la guerra contra los ingleses:

MI ABUELO: Háganme una lista de las guerras que perdieron los ingleses. La Argentina no puede ser tan estúpida de ir a la guerra contra los ingleses. Los ingleses extinguieron los dodos, esos pájaros que eran medio idiotas de Nueva Zelanda. Los ingleses, si quieren, nos pueden extinguir a nosotros. Ustedes no saben lo que es una guerra. La Argentina de hoy no sabe lo que es la guerra.

MI PAPA: Papá, las cosas cambiaron desde la Segunda Guerra Mundial. El armamento con que contamos, el apoyo de los Estados Unidos...

MI ABUELO: ¡Jah, apoyarnos a nosotros los Estados Unidos! Estás idiota, Juan. Perdiste el cerebro.

MI PAPA: No, papá.

MI ABUELO: Idiota, imbécil, infeliz. Solamente a un infeliz se le puede ocurrir aplaudir que su país vaya a la guerra.

Mi abuelo le grita a mi papá que es un imbécil cuando se pone contento porque habrá guerra y ganaremos la guerra. Le grita que es un imbécil y eso que lo adoraba, que era su único hijo, y que se dejó el hígado y los riñones para pagarle la carrera de Derecho y verlo recibirse en la Universidad Católica de Rosario.

MI PAPA: Las Malvinas son argentinas.

MI ABUELO: ¿Y quién dice lo contrario? ¡Pero una guerra, una guerra!

Mi abuelo estaba en contra de ir a la guerra, lo dice y lo repite mil veces.

Era argentino, había nacido en Acebal, un campo de la provincia de Santa Fe. No tenía papá y en la escuela le decían “bastardo” y él se sentía muy herido por eso. Aunque nunca me lo contó, sé que le hubiera gustado seguir estudiando. Pero no estudió,

entró a empleado de Correos y Telégrafos y allí se quedó hasta el final. Le gustaba el correo, creo yo, y se hizo coleccionista de estampillas. Hay quien dice que a veces, cuando debía clasificar las cartas que venían del extranjero, se llevaba esas cartas a su casa, ponía los sobres al vapor del agua hirviendo y les arrancaba las estampillas. Eran estampillas con paisajes de otras tierras, con aves exóticas, con gobernantes, reyes y reinas, de los países que él apenas si había sentido nombrar. Igual, lo que hacía era un delito. Cuidaba sus estampillas como oro, y no nos dejaba siquiera contemplarlas. Mi papá sabía decir que él tenía la estampilla con Eva Duarte que habían prohibido los militares que echaron abajo a Perón, los de la revolución libertadora, y que esa estampilla costaba una fortuna. Coleccionaba, además, las revistas de la UNESCO que llegaban al correo. Así fue cómo se enteró de la guerra en Europa, del Holocausto y de los campos de concentración. Traía las revistas a la casa y se las mostraba a mi abuela. Mi abuela se impresionaba mucho con la visión de esas revistas, pero no lo comentaba con nadie. Tal vez fue leyendo esas revistas que él tomó noción de que en una guerra pierden todos, o algo así. De alguna manera, mi abuela se fue quitando las revistas de la cabeza, esas revistas, y pasó a las que yo le conocía: las Temporada y las Burda, con moldes para coser y para tejer, dos actividades que para ella habían sido muy importantes. Cuando el sueldo de mi abuelo no les alcanzaba, ella trabajaba como pantalonera. “Lo peor de coser es la bragueta”, murmuraba en voz baja, porque estaba segura de que bragueta era una mala palabra.

Para mi abuelo la mala palabra era guerra.

Mi mamá se quejaba:

MI MAMA: Juan, tu papá me trata de bruta, de ignorante, me trata de serpiente. Porque yo dije que la Argentina tiene que ir a la guerra.

MI ABUELO: ¿Quién conocen que ganó una guerra? Ni siquiera los que ganan, ganan la guerra. Todos pierden en la guerra, todos, todos.

MI MAMA: Juan, tu padre está gagá y dice cualquier cosa en la panadería, en el almacén, en la carnicería. Me da vergüenza salir a la calle. Que crean que nosotros estamos a favor de Inglaterra. Hay que dejar de mandar a la nena a inglés. Que no estudie inglés hasta que ganemos la guerra.

Mi abuela no opinaba sobre la guerra. Mi abuela no tenía ni un sí ni un no con mi abuelo. Si mi abuelo decía que estaba mal ir a la guerra, ella opinaba igual que mi abuelo. Era el eco viviente de mi abuelo y repetía lo que peroraba mi abuelo en la carnicería, la despensa, la verdulería y el kiosquito de don Raúl.

MI MAMA: Juan, a tu padre y a tu madre los van a apedrear un día de estos por opinar diferente.

MI ABUELO: ¡La guerra no es un partido de fútbol, Juan!

Mi papá se encogía de hombros. Mi papá lo único que quería era que ganara la guerra Argentina.

Entonces pasó lo que jamás tenía que pasar: mi abuelo se murió. Ocurrió de una forma estúpida, se desmayó y se cayó en la calle. Había ido a hacerse la diálisis porque sufría del riñón. Ese día al salir para el hospital, le ordenó a mi abuela: “Quedáte en casa, María, puedo ir solo”. Pero se desmayó y se cayó contra el cemento de la calle. Se rompió la cabeza, se le reventó.

Uno no elige la manera en que se muere.

Yo me quedé helada cuando supe que se murió; mi papá no lloraba. Mi mamá estaba muda. Mi abuela se quería morir también; era lo más lógico, diría yo, que ella se quisiera morir después de haberse muerto mi abuelo. A mi abuelo nadie lo llamaba por su nombre, todos le decían “don Alberto”. Por puro respeto que siempre había inspirado. Hasta mi abuela, ella hablaba de su marido a mi mamá, por ejemplo, y comentaba: “A don Alberto le gustó mucho el pollo que hiciste el domingo, Diana”.

Juro por dios que yo quería llorar, yo quería volverme un mar de lágrimas cuando mi abuelo se murió. Pero estaba ahí cuando lo enterraron, quieta. Así que la muerte es esto, pensé.

MI ABUELO: Juan, estás hecho un canibal.

Eso le escuché decir a mi abuelo la última vez que peleó con mi papá por el asunto de las Islas Malvinas. Después, se declaró la guerra y fuimos a la guerra. Estaba lleno de chicos que eran los soldados. Algunos parecían contentos de ir a la guerra, se decían patriotas. Pero esos eran algunos, muy pocos. Yo sabía que la mayoría estaba enojada. Había cosas que no podía entender; la escuela no podía entender. Que me hicieran estudiar de memoria la Constitución y no estuviéramos cumpliendo la Constitución. Un día, tiempo atrás, me había puesto rabiosa y le pregunté a la panadera:

YO: ¿Cuándo se van a ir los militares?

PANADERA: Este año, a fin de año van a desaparecer. Vas a ver.

Eso fue en 1976 y a fin de año el que dejó de verse por la panadería fue Gerónimo, el esposo de la panadera. Mi papá también creía que se iban a ir, mi abuelo también. Todos creían que se iban a ir de un momento a otro y no se iban. A veces yo iba a la escuela y camino a la escuela los veía a los soldados, los gendarmes, los policías, los que fueran, apuntándote desde la terraza. ¿Por qué?

Como fuera, cuando se declaró la guerra contra los ingleses, todos gritamos “¡Argentina, Argentina!” en el Monumento a la Bandera donde se reunió la gente y en el patio de la escuela. En todas partes la gente vivaba “¡Argentina, Argentina!”; yo dejé de estudiar inglés, dejé escuchar a Los Beatles: estábamos en guerra y éramos enemigos de los ingleses. Mi amigo Luis que era fanático de Los Beatles y le

faltaba un tornillo se tiró de la ventana. Sus últimas palabras antes de saltar fueron: “Prefiero morir si no puedo escuchar más a Los Beatles”. Por suerte era un primer piso y no se hizo nada; se quebró el brazo. Faltó todo el mes a la escuela.

Yo empecé a tejer; mi abuela me quiso enseñar a tejer, medias sobre todo. Porque en las trincheras los pies se les congelaban a los soldados. Porque si se mojaban con el agua helada, los pies se les pudrían; se les ponían azules, les venía la gangrena, había que cortarles los pies. Yo no quería que a nadie le cortaran los pies. Mi abuela me quiso enseñar a tejer, pero se le escapaban los puntos porque no ponía atención. Las medias se tejen a cuatro agujas para cuando llega el talón.

Mi abuela estaba triste, distraída; me lo explicó dos veces lo de cómo se teje el talón.

Después me tiró la Burda por la cabeza y me mandó que me arreglara.

Deshice las medias y me puse a tejer bufandas. Cuando había llegado a la mitad de una, me quedé pensando que era una estupidez usar bufanda si uno es soldado en una guerra. Porque si llegara estar cerca, cuerpo a cuerpo del enemigo digamos, la bufanda lo vuelve vulnerable al soldado. Lo agarran de la bufanda y lo pasan por las armas, lo matan. Así que también abandoné la bufanda.

Fui y rompí la alcancía, compré chocolate. Los soldados necesitaban chocolate porque el chocolate es energético. No sé quién dijo eso, mi madre siempre había pensado exactamente lo contrario. Compré chocolate con mis ahorros –destinados en principio a comprar los nuevos discos de Menudo, que tenían un nuevo integrante, Ricky– y lo llevé a la Prefectura, adonde juntaban todas las cosas que se enviaban a los soldados. Mantas, ropa de abrigo, comida imperecedera.

Al mes de guerra hundieron el Belgrano, el crucero. Lo hundió un submarino nuclear. Tres torpedos, en total. Ochocientos soldados argentinos muertos. Algunos seguían creyendo en milagros, pero no creían en los milagros de verdad. O sea, milagros donde resucitaran los soldados muertos, como le había pasado a Cristo según la escuela católica a la que iba antes y la evangélica a la que voy ahora. Los muertos pueden levantarse de sus tumbas, de sus pozos de zorro y seguir con lo que estaban haciendo. Todos los argentinos creían en el milagro de ganar la guerra, que era, al fin y al cabo, un milagro menor.

A mí me parecía ver a mi abuelo andando en la tiniebla del altillo, en medio de su colección de estampillas, agarrándose la cabeza. Mi abuelo era un hombre silencioso, serio; jamás levantaba la voz. Flaco y alto, escondido detrás de unos anteojos que ocultaban el abatimiento de una vida y muy de vez en cuando con la alegría secreta de encontrar una estampilla de quince centavos de 1950 del Telégrafo Español, con un lirio o con un antílope, de cuando ocuparon Tánger, o la plancha argentina de 1962 que traía dibujado el chingolo a 12 + 6 pesos y la calandria a 4 + 2 pesos.

Era silencioso, pero ahora lo veo agarrándose la cabeza, fantasma entre las cosas viejas, la casa de mi abuela, la pena de mi abuela.

Mis padres me obligan, me mandan, sin que yo lo desee, a acompañar a mi abuela a su casa porque se siente muy sola. Pido no ir, pero no me dan ni bolilla: tengo que ir, es mi deber, dicen.

–¿No podemos invitarla, pedirle, que venga a casa? –pregunto.

–No –responde tajante mi mamá porque en el fondo la detesta.

Voy yo a su casa, como con ella los buñuelos y hablamos de la nada, después dormimos. Yo duermo en la cama con ella, en la pieza donde ella dormía con mi abuelo. Y me es imposible no verlo a él andando aquí y allá, abatido, con la soledad de siempre. No es que ande por la casa para asustarme a mí, anda como alguien a quien se le perdió algo, las llaves, el sombrero, el reloj, los documentos, la paz. Pero estoy asustada, estoy muy asustada cada vez lo que veo, su palidez, y no me animo a revelárselo a mi abuela: quizá ella se pondría contenta de saber que él está ahí, que no la abandona. Lo veo y ruego, como en esa canción de Menudo que me sé de memoria: “Ven claridad, llega ya / amanece de una vez, claridad, por piedad/ mata sombras, dame luz, resplandor, libertad...”.

Entonces, para calmarme, esas noches escribo cartas a los soldados y a la mañana siguiente les pego a los sobres estampillas aún válidas que mi abuelo dejó en un cajón y las echo en un buzón. Mis cartas no dicen mucho, algo así como:

“Querido soldado argentino:

Me llamo Patricia Suárez y vivo en Rosario. Tengo trece años y me gustaría conocerte cuando vuelvas. Estoy en primer año del secundario y todavía no sé qué quiero ser cuando me reciba en quinto año. Quiero agradecerte que seas valiente y defiendas nuestro país y nuestra soberanía en las islas. Espero conocerte a tu regreso.

Patricia

PD: nunca tuve novio ni sé lo que es estar enamorada de una persona de verdad.”

Nunca puedo saber si mis cartas llegaron a los soldados.

Ni los chocolates o las medias de quienes lograron enviarlas definitivamente, ni los soquetes ni las polainas de lana. Y mientras yo me debato entre fantasmas y secretos, la desgracia absoluta cae sobre nosotros igual que un pájaro muerto en vuelo.

Sucede que al final, nos rendimos. Los argentinos nos rendimos. O no. Los argentinos no; los que nos llevaron a la guerra. Los argentinos, como yo, como mi abuelo, nunca quisimos ir a la guerra. Peleamos con coraje y nos morimos, los soldados de frío, mi abuelo de un golpe y yo de contrera.

Fueron setenta y cuatro días de guerra; y hacía un frío tremendo el 14 de junio. Me preguntaba si celebrar la paz o si llorar la paz. Fueron llegando los cuerpos de los vivos y algunos cuerpos de los muertos, muy pocos. No sé si volvió alguno que hubiera recibido una carta mía; me quedé una vida sin saberlo.

Llamé por teléfono a mis compañeras de la primaria, a Martita, a Sandrita: los soldados que llegaban tenían la edad de René Farrait que estaba excedido de años en el grupo; pero Farrait se iría unos meses después de Menudo y le estábamos armando la despedida, una fiesta entre nosotras. El mánager, los amigos y Xavier también le preparaban una fiesta, imagino. Pero los soldados quedaron tendidos y hubo que suplicar a los ingleses que les dieran sepultura: “regresa, regresa, claridad”, parecían cantar, como Menudo, aunque ya no cantaban para nadie. Los que volvieron, en las noticias, confesaron que no habían recibido ni chocolate ni medias.

Mi padre, al final, se siente el infeliz que mi abuelo le anunció y se largó a llorar cuando perdimos la guerra. Estábamos todos mirando la rendición por la televisión, los anuncios.

Entonces me vino de adentro, como un grito:

YO: ¿Quién habrá sido el flor de hijo de re mil putas que inventó la guerra?

En mi casa está prohibido decir malas palabras. Todos levantaron la cabeza cuando yo pronuncié esas palabras. Estuve a punto de agregar:

YO: La recalcada...

Ahí mi madre me dio vuelta la cara de un sopapón y me sangró el labio. Pero no me dolió nada. No sentí más nada. Creo que nunca más nada, por más que digan que no hubo nadie en toda la historia de la familia que llorara como lloré yo cuando se fue René Farrait de Menudo. Nadie sabe qué contenía mi llanto, y a nadie nunca, ni a Xavier Serbiá, a quien nunca conoceré y que se fue de Menudo junto a Miguel Cancel dos años después, nunca a nadie le voy a confesar de qué sustancia de lana destejida mil veces, estampillas en vano y agua salada del Mar Argentino estaban hechas mis lágrimas.

Fin.